

Dimensión ética de la oración cristiana

ANDREW S. PHILOMINRAJ*, JUAN A. GALLEGUILLOS**

RESUMEN

El presente trabajo muestra, fundamentalmente, la oración como opción de vida personal y comunitaria. En el encuentro con el Señor, el hombre o la mujer le descubre su vida tal como es, sin ocultar absolutamente nada, lo que implicaría una vida ética que tendría que manifestarse en la realidad social, contribuyendo a hacer del mundo una realidad ética cada día mejor, donde el Reino se verifica en cada momento como una experiencia significativa y de sentido.

Palabras clave: Oración, comunidad, ética, realidad, compromiso

ABSTRACT

This work shows that prayer, essentially, is an option of personal and community life. In the meeting with God, Man or woman, discover their life as it is, without hiding absolutely nothing, which would imply an ethical life that should be manifested in the social reality, contributing to make of this world an ethical reality each day better where the Kingdom is verified in every moment and makes of each moment a signified and meaningful experience.

Key Words: Prayer, Community, Ethics, commitment

* Licenciado en Ciencias Religiosas, Magíster en Gestión Educación, Magíster en Administración Educacional, Magíster en Lingüística Inglesa. Académico de Programa de Idiomas, Universidad de Talca.

** Licenciado en Ciencias Religiosas, Magíster en Bioética, Académico de la Universidad Católica del Maule.

“La oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría”

Santa Teresa del Niño

Presentación

Resulta complejo hablar hoy de Dios y, más aún, cuando nos referimos a la oración, pues ésta sufre un descrédito, para el hombre práctico y concreto de hoy, ya que pareciera que Dios no escucha lo que se le pide. Cuando entramos en la definición de la oración descubrimos que es una experiencia, por lo menos, de a dos, pues supone un hablar y un escuchar. Para hablar siempre estamos listos, pero cuando se trata de escuchar no siempre realizamos la acción. Centramos nuestra oración en la petición, por ello es necesario buscar las dimensiones más profundas del acto de orar, salir de las formas para ir a lo fundamental, especialmente cuando se trata de su dimensión comunitaria y la influencia ética que ella tiene, como acto de transformación del mundo desde la experiencia profunda con Dios Padre. Se trata también de descubrir en la oración la esperanza que se transforma en realidad en la construcción del reino de Dios.

La Oración Personal y Comunitaria

La experiencia de la oración está presente desde la aparición de la persona en el mundo, es una realidad inherente al ser humano, sencilla y llena de sabiduría, pues supone un compromiso de toda la persona y del acompañamiento de la comunidad para entrar en diálogo con el creador. Es una realidad individual, sin embargo, cae en el sinsentido si no está con el otro y en el otro.

La oración es una experiencia que totaliza a la persona, entendiendo la experiencia, como lo plantea Anneliese Meis, que *“es más que la acumulación de impresiones, es información elaborada para crear orden; son necesarias estructuras con aportes propios subjetivos; hay leyes y reglas que describen la lógica de la experiencia.”* La información elaborada creadora del orden se vuelca en la oración, pues es la revelación misma que se hace realidad o, más bien, se plasma en la realidad contingente del ser humano, lo que significa que en la oración se verifica la revelación de Dios, ya que la experiencia supone datos certeros de existencia o, como plantea Meis, es la información, ahí está el Dios

creador, captado por nuestra racionalidad (en la información), pero que paradójicamente se acerca a Dios en la subjetividad, en el alejamiento total de los sentidos y la racionalidad, está la plenitud del ser con el creador, es la relación más estrecha que puede tener la persona con Dios; trasciende totalmente las expectativas, a veces prepotente, del ser humano. En el encuentro, la persona se aúna totalmente con Dios; a modo de ejemplo, cuando leemos en el Génesis el relato que ocurre después de la caída, cuando Dios pasea por el jardín y ante la no presencia de sus creados, llama a Adán y le pregunta: “¿Dónde estás? ...” Adán tiene la información y ha realizado el ordenamiento necesario de que ha cometido una experiencia no buena a los ojos de Dios, por ello le responde: “*Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí*” (Gn 3,10). Luego sigue la reprimenda y el castigo, sin embargo. Esta primera experiencia de oración con el creador, nos acerca a la experiencia cotidiana de oración hoy en día. Dios nos está preguntando dónde estamos y nuestras respuestas son diversas, a veces salimos a su encuentro, otras nos hacemos los sordos y unas cuantas más nos escondemos, porque tememos mostrar nuestra desnudez, desnudez que es la debilidad de la persona, y se prefiere la vestimenta que cubre todas las posibles imperfecciones y es capaz de mostrar y dibujar lo que cada uno quiere mostrar; sin embargo y nuevamente, paradójicamente Dios nos descubre y nos revela ante Él tal cual somos. Es ahí donde la experiencia es totalizante, cuando mostramos el ser tal como está, después de la batalla o de un día agotador en que desde el taco de la mañana, o que se pasó el bus que nos llevaba a nuestro trabajo, hasta situaciones de alta trascendencia, como el albañil que instala lavamanos para baños de un edificio de departamentos, que jamás usará, pero sí que otros usarán, pasando por todas las decisiones de tipo financiero que cada uno realiza. Es en toda esta cotidianidad que está la revelación de Dios que se hace vida en la oración personal de cada hombre o mujer. Incluso el lenguaje coloquial nos lleva a la oración “Dios quiera que me resulte este negocio... Señor ayúdame con este juego de azar... Dios mío dame fuerzas... Mira, Señor, si tú... yo de ahora en adelante...”. Son muchas las expresiones en que tenemos una actitud orante, en donde nuestra experiencia religiosa nos ordena hacia el creador en busca de la relación de súplica, de conjunción de fuerzas, de amistad casi compasiva, en que nos relacionamos con Dios. Cualquiera de estas formas, son formas culturales que se han ido haciendo parte de la religiosidad de un pueblo que

requiere el encuentro con el creador, pero que estas no distan mucho de los grandes místicos, pues la forma y el contenido puede variar, pero el fondo permanece en lo mismo, es la experiencia racional que deja de ser racional al momento del encuentro con Dios, en donde la persona se desarticula totalmente, pues es trascendido por la relación misma, del encuentro con el creador.

El absoluto Dios deja de ser el totalmente Otro para ser el Dios que toma la iniciativa y se acerca a la persona, la ama y la arrulla; la consuela y la acompaña a la fiesta de la vida y, en ese encuentro, oran el amado y el creado, y éste se sonríe con Dios y también en la soledad de su cuarto llora amargo, como Pedro por la traición al maestro (Lc. 22, 62), también se deleita por la creación, por ser creado, como el salmista del Salmo 8 que se pregunta con tanta fuerza y desbordado por la respuesta de la creación ya dada: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? Apenas inferior a un dios lo hiciste...” Así, la oración es de tal envergadura que asume a la persona en su totalidad para relacionarla con la Trascendencia.

Pero, aún falta una parte de la experiencia orante, es la dimensión con la comunidad, en donde se verifica la oración, es decir, una oración fuera de la comunidad es una interiorización introspectiva de tipo psicológico, que tiene el riesgo de ser alienante o de un carácter espiritualista. La oración es una relación entre amigos o, por lo menos, entre conocidos, lo que supone un acercamiento al creador desde alguien o desde una estructura formal o informal. Cuando decimos estructura hacemos referencia a la dimensión de la comunidad, desde un grupo de personas que se reúnen a compartir la vida y ésta es elevada y compartida con el absoluto, con Dios Padre, que escucha y acompaña el proceso de cada uno y de todos en un solo movimiento, que es la práctica de la oración. Es en la comunidad donde primero aprendemos a orar, es en donde damos los primeros pasos de relacionarnos con Dios, como cercano, al igual que el pueblo de Israel que en Moisés retrata bellamente la relación con Dios: “Yo soy el que soy” (Ex. 3, 14). Ese “Yo soy” es el que está –y estará– siempre con ustedes, “Soy” el que acompaña por siempre.

El pueblo israelita descubre la presencia salvadora y liberadora de Dios, pero lo hace en comunidad, y es en esta búsqueda que se articula la relación liberadora y salvadora de Dios, una relación orante de agradecimiento cuando salen de Egipto camino a la tierra prometida, de reclamos e infidelidades al caminar por el desierto, pero también

de restablecimiento de las confianzas. Esta es la oración de la comunidad que peregrina hacia la tierra prometida, que va encontrándose con el Señor de la historia, en el ordenamiento de la información cautivadora de Dios. Por eso, la oración es individual y comunitaria, en una sola realidad del tiempo y espacio; es paradójica porque nos hace salir de las coordenadas ordenadoras de la mente para pasar a las coordenadas de Dios.

Ética de la Oración

La oración es una realidad que nos totaliza en el encuentro ético, ya que nos encontramos con Dios tal cual somos, sin máscaras ni maquillajes que escondan lo que no queremos mostrar. Ante Dios es imposible esconder algo, es más fácil mostrar la verdad tal como es. Así, en el encuentro con Dios orante, es la persona que se muestra en todas sus dimensiones y posibilidades.

La persona, constituida por Dios como señor de la creación, ha entendido malamente y, a veces perversamente, que es la máxima creación de Dios. Es verdad que esta situación supone un privilegio y responsabilidad, pero lamentablemente, el ser humano ha sido soberbio y prepotente, con lo que ha pasado a llevar la gracia de Dios.

La pobreza es la virtud que más agrada a Dios, ya que muestra en el hombre una realidad psicológica y sociológica en cuanto a que somos necesitados de Él, que estamos carentes de, no desde la economía o de aquello que nos permite entrar en el mercado, sino de lo fundamental de la vida del ser, es decir, que de Él dependemos radicalmente. El desplazar a Dios de nuestras vidas nos hace olvidar, por ejemplo, que la tierra gira a muchos kilómetros por hora y ¿qué pasaría si ese giro repentinamente se detuviera? Seríamos lanzados hacia el espacio, sin importar si somos ricos o sabios, ricos o pobres, creyentes o agnósticos. Algo similar ocurre con las enfermedades: seremos muy grandes, con mucha fuerza y energía, pero si nos ataca un virus microscópico o una bacteria desconocida por nuestro organismo, lo más seguro es que tengamos serios problemas de enfermedad y ello está más allá de nuestras riquezas. Por ello, la importancia de la pobreza como virtud del ser humano, pues ella nos coloca en la dimensión de la realidad y de la búsqueda de lo fundamental del sentido de las cosas; en la oración se aprende a discriminar entre lo necesario y lo inútil, entre lo que se quiere por opción y lo que se quiere por pasión desbordada.

La pobreza nos localiza en la realidad de Dios que es cercano y que se da por entero al pobre. Cuando se encuentra el fariseo con el pecador en el templo y el fariseo daba gracias a Dios por no ser malo, por ser creyente y practicante de la religión, y no ser como aquel pecador, y, en tanto, el pecador pedía perdón al Señor, el que es acogido por Dios, es el pecador que reconoce su indigencia y pobreza ante su creador. El que piensa que es bueno y practicante de su fe es rechazado por Dios por soberbio y por tener un corazón duro, que no es capaz de reconocer su propia realidad y pobreza. Se muestra “rico” siendo “pobre”, ante el que es “pobre” siendo “rico”. El canto del *Magnificat* nos recuerda e interpela esta realidad cuando dice que Dios “*derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. Despidió a los hambrientos y los colmó de bienes, y despidió vacíos a los ricos*” (Lc.1, 52-53). No se trata de andar en taparrabos por el mundo sino que se trata de vivir la dimensión virtuosa de la pobreza. Así, y solamente así, podremos vivir éticamente la vida, nuestra relación comunitaria será de hermandad, pues nos reconoceremos que somos pobres, que tenemos límites, que lo único fuerte y poderoso es el encuentro con el Dios absoluto, que camina con nosotros, que nos acompaña en lo cotidiano y en lo extraordinario.

En la oración la persona se entrega tal cual es, es decir, las máscaras se dejan a la entrada de la oración y nos acercamos en la transparencia, en la pobreza de cada uno; pero esto también es paradójico, pues en la pobreza está nuestra riqueza, autoridad y fortaleza. Por ello el abandono en Dios debe ser confiado, es arriesgarse en lo seguro, dar el salto al vacío, vacío lleno del creador, pues Dios posee la plenitud de la realidad. En la oración el hombre se encuentra frente a su creador, en donde nada se cubre ni se descubre. Es la realidad completa y compleja del hombre en su plenitud, frente a Dios que abarca esa totalidad y abraza, ama, y purifica de toda mancha al hombre.

La oración, desde una perspectiva ética, da un sentido trascendente a la vida de la comunidad y de la sociedad entera, pues es ahí en la permanencia con el creador, en comunión con la comunidad, que la ética se hace deber en actuar y transformar la realidad, en toda su extensión. La oración es una parte fundamental en la transformación del mundo, pues ella da los contenidos de sentido, para el hacer y actuar cotidiano, desde una opción ética de hacer lo que Dios propone.

Finalmente y a modo de conclusión, señalamos que la oración debe suponer la integralidad de la vida, es una relación con Dios, para

relacionarse con la humanidad, en la causa de la transformación, tanto de las estructuras de pecado como en el afianzamiento de las estructuras de gracia. No podemos hacer oración espiritualizante, pues Dios es persona comunitaria (Boff, L.: Pg. 1), encarnada en la humanidad, transformando la realidad contingente, para construir una historia plena de humanidad, en donde el cristiano sea ejemplo de construcción de la nueva tierra, haciendo presente al Dios de Jesucristo, el Dios que almuerza con pecadores, que convive con los marginados, que acoge a la mujer denigrada y a sus amigos que lo niegan y traicionan. Este es el Dios de los cristianos, al cual ora y busca en la vida diaria para el encuentro definitivo con Él.

Referencias

- Meis, A. (1998). *Antropología Teológica "La Paradoja del Hombre"*. Editorial Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Gavarres, A. (1993). *Carisma de Teresa de Lisieux*. Barcelona. Edición Esinsa.
- Larrañaga, I. (1979). *Muéstrame Tu Rostro*. Edición San Pablo, Chile.
- Boff, L. (1987). *La Trinidad, la sociedad y la liberación*. Edición Colección.
- Mello, Anthony S.J. (1984). *El Manantial –Ejercicios Espirituales*; Editorial Sal Terrae. Santander, España.